

D. Miguel Muñoz de San Pedro

Conde de Canilleros y de San Miguel

un erudito asombroso

UN escrúpulo, no sé hasta qué punto razonable, dificultó durante mucho tiempo mi deseo de convertirme en colaborador de esta revista ALCANTARA, para la que tengo las mayores y mejores simpatías. Mi condición, durante dos lustros, de Diputado provincial, Presidente de la Comisión Informativa a la que compete el inmediato cuidado de las actividades culturales de la Diputación—la de Educación, Deportes y Turismo—entendía yo que coartaba mi libertad de opción en este ámbito, sin que, ni siquiera, pudiera compensarme la amistad con los sucesivos Directivos; el erudito don Pedro Romero Mendoza, que en paz descansa; mi entrañable compañero y fraternal amigo, don Jesús Dionisio Acedo Iglesias en cuanto a Jefe de los Servicios Culturales provinciales y quien, todavía felizmente ostenta el cargo y la responsabilidad de Director, D. Carlos Callejo Serrano.

Con harta frecuencia el gran escritor que fue don Miguel Muñoz de San Pedro, Conde de Canilleros y de San Miguel, me hablaba de ALCANTARA, acuciándome para que se afrontasen mejoras y modificaciones que, en gran parte, han quedado guardadas en el arca de mis aspiraciones insatisfechas.

Quizá por eso, ahora, he creído mi deber que la primera colaboración con mi firma que viese la luz en ALCANTARA, fuese un trabajo en memoria del preclaro extremeño, cuya pérdida llora la región entera, magüer, por ese defecto tan español y tan extremeño de infravalorar lo que tenemos, hasta que lo hemos perdido, muchos extremeños no conozcan o no hayan ponderado con recto sentido de la justicia, la hondura y peso de los servicios que a Extremadura prestó don Miguel Muñoz, aclarando conceptos, centrando opiniones y fortaleciendo verdades, sobre esta generosa, sufrida y desgraciada tierra

nuestra a la que, en una obra inolvidable, calificó como aquella en la que «nacían los dioses», parafraseando la titulaba «Cuando los dioses nacían en Extremadura».

Tal vez, para el juicio de quienes toda nuestra vida hemos tenido que trabajar a sueldo «por aver mantenencia», no aparezca con claridad exacta una dimensión del carácter de nuestro llorado personaje, muy digna, sin embargo, de ser tenida en cuenta; su capacidad de trabajo, su voluntaria entrega a una obra de interés común que apenas sí podía brindarle en compensación sucesivas satisfacciones de amor propio, y su generosidad para hacerlo, en este siglo en el que sobrepriman los valores económicos y materiales, una y otra vez, por una comprensible entrega a la dignidad de su nombre, de la que era muy mirado pero, sobre todo, con el alma puesta en el amor a Extremadura, concepto en el que me honraba coincidir plenamente con él, quien estimaba que, siendo tantos y tan admirables los títulos de gloria que adornan a las provincias de Badajoz y de Cáceres o a sus ciudades y pueblos, está aquél muy por encima en la valoración de significados, de tal manera, que podría decirse que Extremadura no es solamente la suma de los valores de sus partes, sino que tiene aún especiales carismas por la atención y cumplimiento de los cuales se dieron, como por añadidura, todas sus glorias y entre todas ellas la más alta: la de ser la región que más dio a la Madre España, no solo en los tiempos de la conquista americana, sino en todas las épocas, y que menos ha recibido de ella.

Este trabajo constante en la investigación histórica, en la creación de obras y en el fomento de la personal inspiración genial; escribiendo miles de artículos y ensayos sobre nuestros valores históricos regionales y nacionales, crearon en don Miguel una ancha y solidísima erudición en la que difícilmente podía ser superado, como descubrieron y respetaron, admirándole, mucho antes que nosotros, los investigadores y académicos hermanos de la entrañable Hispanoamérica, a quienes soy testigo de que recibía y trataba siempre con afecto, cordialidad, ejemplar apertura docente y hospitalidad señorial.

De esta erudita capacidad de conocimiento del Conde de Canilleros y de San Miguel, de los hechos y las gentes de nuestra historia, podría contar, y algún día las contaré si Dios es servido, multitud de anécdotas, como las relacionadas con la visita a los restos del Rey Enrique IV de Castilla en Guadalupe, o la poco fructuosa búsqueda de los de Diego García de Paredes en Trujillo—descritos de modo, digamos pintoresco, por la encantadora dama que era, cuan-

do produjo su «Historia de Pascuaete», Condesa de Quintanilla—la situación exacta, en época y ambiente de muchísimos personajes oscuros de la historia, etc.

Pero traeré hoy, como botón de muestra, un episodio que de muestra hasta qué punto era completísimo el conocimiento que tenía, no ya solo de los hechos y los hombres de ayer, sino de las cosas que, en el contorno de ellos, sucedieron relacionadas, con mayor o menor proximidad, con los superhombres hispánicos en el continente colombino.

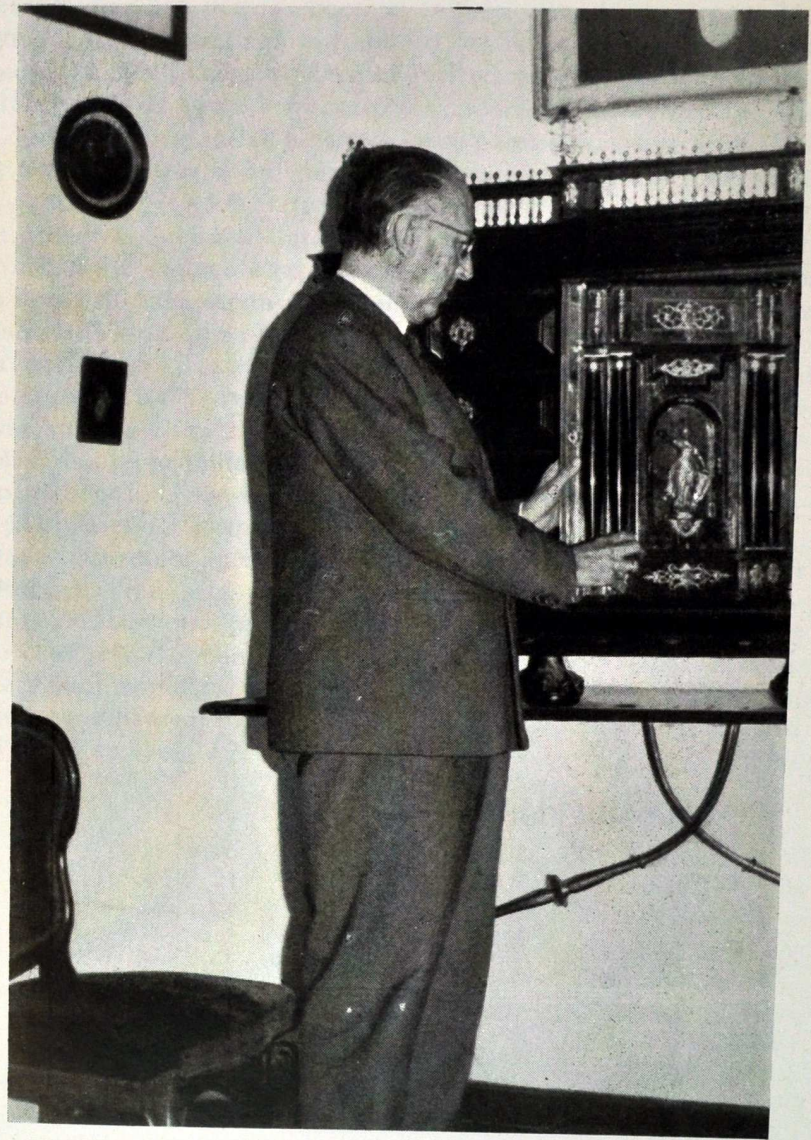
Acababa yo de leer, con algunos años de retraso, ese libro estremecedor y apasionante, maravillosamente escrito, que se titula «La aventura equinoccial de Lope de Aguirre», de Ramón J. Sender.

Un día sonó el teléfono en mi casa cacereña. Era don Miguel Muñoz que, como tantas otras veces, me preguntaba si podría ir a verle para hablar de no sé qué asunto relacionado con su colaboración en mi periódico. Muy poco madrugador don Miguel, me rogaba fuese a su casa pasada la una de la tarde.

Cuando llegué, cerca de las dos, me recibió en el austero despacho de la planta baja de su Palacio de la plaza de Santa María. Yo, acuciado por el horario de mi trabajo para el periódico que, durante muchos años de jornadas de diez y catorce horas, me forzaba día tras día a no almorzar hasta pasadas las cuatro de la tarde, me despedí pronto.

Don Miguel, con el caballeroso afecto que me profesó siempre, correspondiendo al mío muy cordial, me acompañó hasta la misma puerta de la calle. En el camino, siempre moroso, porque siempre teníamos cosas de interés común de qué hablar, me preguntó: ¿Qué lee usted ahora? Estoy, le dije, apasionado y estremecido con el Lope de Aguirre, de Sender. Añadí, creo, algún juicio sobre la obra de este autor, poseedor de una inspiración de variadísimo registro que le permite, con igual pericia, tratar temas como este y otros de humor divertido y desgarrado, o de esquinada significación social y de la novelística y la narrativa, en todos sus grados. Le pregunté: ¿Conoce usted el libro?

Y aquí viene lo que justifica este trabajo, pretendiente tal vez desairado, de cumplir un justo homenaje de admiración al excepcional literato e investigador extremeño fallecido; flor humilde y sin perfume, con inmenso respeto depositada sobre su tumba. Don Miguel me dijo que no, que no lo había aún leído, aunque tenía noticias de su aparición. Y, atraído por el personaje, comenzó, con toda sencillez y naturalidad, a referirse, mientras lentamente caminábamos, a



El ilustre investigador fallecido, en uno de sus gabinetes de trabajo

través del claustro pétreo, hacia el zaguán que cierra el portalón enorme, bajo los famosos esgrafiados, cabe la puerta del Palacio Episcopal que edificara don García de Galarza, a la tremenda y horripilante vida de aquel «condottiero», borracho de ambición, que fue Lope de Aguirre, a las personas de su contorno, a sus motivaciones y sus complejos, a quienes fueron sus colaboradores y sus víctimas y ¿cómo no?, a los extremeños que se cruzaron en su vida y que, al fin, tuvieron que intervenir para imponerle un amago de justicia, frustrado por el trágico final en donde la muerte se anunciaba tras el telón sangriento del espantoso filicidio, que no solo despierta horror en las entrañas de quien lo conoce, sino también una compasión infinita, porque ¡cosa extraña y atormentadora!, el loco ambicioso, el padre criminal, tal vez en el fuero interno de su conciencia desequilibrada, rompía a sangrientas puñaladas la virginal belleza de su hija casi impúber, sencillamente por amor. Un amor ciego, corrompido por el contacto con el mal y que solo podía dar frutos de corrupción porque, como se sabe «corruptio optima pessima».

Quedé aturdido ante esta prueba de la ya sabida erudición de don Miguel. Y me dirigí aceleradamente hacia mi trabajo, recordando otras veces en que, personajes periféricos de las grandes figuras históricas; hechos secundarios, detalles casi íntimos, salían sencillamente, fluían, como el agua fluye en el curso de los ríos caudalosos, mansa y sencillamente de los labios de aquel hombre, que tal vez debió nacer en el siglo XVI....

Narciso PUIG MEGIAS

